

LA OPRESIÓN DEL PERDÓN



J. A. Pañella Laniella



LA
OPRESIÓN
DEL
PERDÓN

J. A. Pañella Laniella

Este libro lo escribí hace mucho tiempo y releyendo sus páginas más de una vez se me antojó eliminarlo. Una historia compuesta de muchos cuentos cortos que reflejan mi poca práctica como escritora. Eventualmente decidí que hundirme en la vergüenza publicándolo era una alternativa mejor a dejarlo morir. De todos modos, no serán muchos los que me lean.

El lector ya queda advertido del nivel amateur que encontrará, por lo que no se aceptan críticas (y para ser justos, tampoco halagos).

ÍNDICE

Amistad y religión	8
El dolor del amor	13
De vicios y evolución	18
El sentido de la vida	23
Tolerancia expiatoria.....	25
La comprensión final	33

JARDÍN ESPIRITUOSO

Sobre la meditación de una chica y el proceso de sus vidas pasadas, encuentros queridos y no queridos, ensayos filosóficos, charlas banales, miradas cómplices, comparación presente, pasado, ¿futuro?

Iksi. Iksi. Mi nombre es Iksi. Tengo 5.000 años humanos, 46.000 millones terrestres, muchos miles de millones universales, 30 de mi actual vida.

Mi nombre es Iksi, lo que me identifica en este momento como ser individual. Etimológicamente no significa nada, y espiritualmente menos aún.

Hace 30 años que estoy en este cuerpo y lo aprovecho todo lo que puedo. Todavía no acepto el despojarme de todas mis raíces materiales. No soy una meditadora oriental, no pertenezco a ninguna secta ni practico religiones de fanatismo. Soy una mera observadora dentro de cualquier plano. Escuchar, procesar, retener, aprender, descubrir, entender.

Esto es una confesión de mis más leves inquietudes, de mis mortíferas dudas, de mis letales desvaríos.

Catarsis y depuración del ser —si acaso esto último es en alguna medida posible—. Me declaro imperfecta; no voy a ser, ni fui, ni seré, indulgente ni bondadosa, siquiera objetiva con todo lo que se me presenta, presentó y presentará. Pero también perdonó, tolero y comprendo. No espero que todos me acepten como soy, y al que no le agrade mi presencia no lo obligo a tenerla.

Mi nombre es Iksi. Tengo una escuela difícil, estudios sencillos, vida complicada. Como todos.

Pasaban las tres de la tarde. Un cielo despejado, pasaje al otoño. Viento con olor a ciudad agitaba los ramajes. Cualquier paseante podría vislumbrar danzas de tonos pardos en los rincones, casi como que quisieran no ser vistas, casi ocultas. Hojas de todos los tamaños bailaban una danza espontánea, silenciosa.

La chica iba callada. Miraba, o mejor dicho, inspeccionaba cada rincón del parque, buscando el sitio. No había muchos transeúntes; el sol brillaba tibio pero la brisa helaba los huesos y las sombras quemaban el alma. Un ombú grande y robusto se cernía en un

área pseudocéntrica del parque, al lado de un lago artificial lleno de peces color artificial y plantas exóticas artificialmente implantadas en ese charco grande.

La chica se recostó entre dos raíces gruesas del ombú que creaban un hueco en forma de asiento quasi-reconfortante. Se sentó, cerró los ojos y comenzó a respirar.

«*Respira con el abdomen, inspira. Pies, tobillos, piernas, rodillas, cadera, espalda, brazos, dedos, manos, cuello, dolor de cabeza. Me duele la cabeza. Otra vez. Dolor de cabeza. Frío, aún no superó el frío, sigue ahí, atenazado al cuerpo. No pienses, no pienses en no pensar. Calidez, la muerte humana se esfuma...* »

Hay una larga lista de cosas que a veces —mejor dicho la mayor parte del tiempo— me atan a la duda de por qué me permito vivir. Es cuando me doy cuenta que no puedo sobrevivir sin antítesis, porque destruyen todo mi ser. No, mi alma no, solo su forma dada por la personificación del *homo sapiens*.

El otro día enfrentaba un dilema cotidiano, aunque de peso en mi conciencia: un yo del pasado. Porque no siempre las lecciones que uno aprendió en sus otras vidas las recuerda con facilidad en su siguiente vida.

Como sea, me tiré en la cama, cerré los ojos, y traté de concentrarme, o mejor dicho, desconcentrarme de todo.

Amistad y religión

Llamaban las campanas a misa desde la iglesia del cerro. Habían sido pocas las actividades del día.

La misa siempre estaba presente en el día a día. ¿De qué otra forma podrían, sino, acercarse al Divino, confesar sus pecados y abrazar el perdón? No eran los únicos; a unas pocas manzanas la sinagoga convocabía a sus seguidores y del otro lado de la ciudad se escuchaba al imán desde la mezquita. Cada uno a su recinto.

Mientras el obispo entonaba misa, el rabino leía los salmos de la Tora y azalás se elevaban hacia Alá desde los minaretes. Todos convivían en paz y en paz felices eran. ¿Es posible tal sueño? ¿Qué clase de prodigo ocurría? En la vieja Hispania había tierras donde los hombres habían preferido la tolerancia a la expulsión. Estas tierras se enriquecían, empapadas en el conocimiento de los unos y los otros, mientras sus vecinos menos tolerantes sufrían de ignorancia y el odio los envilecía.

Pedro era feliz. Nacido en cuna humilde, no entendía de distinción religiosa o clases sociales. Sí, es verdad que el cura parecía querer convencerlo que, por mucha tolerancia que hubiera, el catolicismo era sin duda alguna la religión verdadera. Pedro no estaba tan convencido de estas convicciones, pero para no provocar el disgusto al cura le daba la razón.

Cuando podía se juntaba con sus compañeritos judíos y musulmanes (a escondidas porque la tolerancia tenía sus límites) y se compartían historias.

— ¿Es que el dios de ustedes también es omnisciente y omnisapiente? — preguntaba Rebecca, la hija del judío, a Pedro.

— ¡Y el nuestro también! — sentenciaba Alí, el niño musulmán.

— ¡Pues seguro que el nuestro es más sapiente que el de ustedes! — le respondía

Rebecca, orgullosa y altanera.

Siempre terminaban entre risas. Alternaban hebreo, castellano y árabe. Los tres habían crecido escuchando esas lenguas, ¿cuál priorizar? Los adultos, menos hábiles y más especializados en su idioma natal, se enojaban con ellos cuando hablaban a sus espaldas en el idioma que les convenía.

— He escuchado que en Castilla hay solo cristianos y que a los judíos apenas les permiten estar. —comentaba Alí preocupado— Ojalá no sea igual con los musulmanes. Algun día me gustaría visitar esas tierras. Querría conocer todo el mundo.

A Alí le gustaba ponerse filosófico sobre la existencia de la humanidad, sus relaciones y su forma de llevar la vida. Pedro, más corto de miras, poco entendía al respecto y nunca tenía respuesta a las inquietudes de Alí. ¿Qué más daba para que habían venido a la vida? ¿Qué importaba si “esto” o “aquel” estaba bien? ¡Lo importante es que estaban vivos y que podían jugar todos juntos!

A lo mejor si fueran nobles, condes, infantes o hidalgos; califas, emires o visires; rabinos, kohens o sofers; podrían cuestionarse sobre todas esas cosas. Pero ellos eran hijos de simples vasallos. Su única preocupación debería ser tener algo para llevarse a la boca cada día. No había tiempo para pensar. ¿O acaso se podía pensar con hambre?

Solían ser estas las escasas respuestas de Pedro para Alí, que no lograban amedrentarle la filosofía.

— Con hambre, querido Pedro, también se puede pensar. Con la inteligencia es menos probable que sufras de hambre.

A Pedro los niños musulmanes y judíos le parecían demasiado cultos. En el rebaño cristiano no les importaba que leyeras o razonaras mucho. Lo fundamental era ser productivo y servir al rey. Y bien que hacían. Él no estaba lleno de dudas existenciales, a diferencia de sus dos amigos.

Por un tiempo jugaron sin preocupaciones; sin embargo, aquellas épocas eran convulsas y la paz era más un pequeño descanso que un estado permanente. Las primeras alarmas sonaron. Un enemigo se acercaba a la ciudad.

¿Quiénes serían ahora? ¿Cristianos, musulmanes? Se decía que venían de Gibraltar. ¿Quiénes serían ahora? ¿Cristianos, musulmanes? Se decía que el de Gibraltar. Podría ser que el conde de Barcelona, allá en Cataluña, quisiera asegurarse el cobro de sus parias sobre alguna taifa díscola, o que el rey de Aragón ambicionara expandir su reino hacia las fértiles tierras de Saraqusta. O bien podía ser un puñado de forajidos salvajes sedientos de sangre, oro y lujuria, que no paraban de surgir de los bosques circundantes. Con suerte serían estos últimos, pues eran menos organizados y por lo tanto más sencillos de repeler.

Fuera quien fuera, nada bueno podía augurar para un pueblo que poco sabía de la guerra y mucho de las ciencias. Mientras otras regiones se enfocaban en producir soldados a mansalva para conquistar nuevas tierras, en la taifa de Saraqusta priorizaban los encuentros para batallar con palabras, expresar poemas, crear música, debatir amistosamente sobre teología, exponer nuevos descubrimientos y discutir sobre astrología. El rey Al-Muqtádir prefería ese tipo de retos.

Sonaba la alarma desde el torreón noroccidental pegado al río Ebro, La Zuda. El pueblo se mostraba nervioso aunque tranquilo; una gruesa muralla de más de siete metros de espesor, herencia de los romanos, los separaba del enemigo. Al-Muqtádir retozaba en su palacio, Qasr al-Surur – Palacio de la Alegría – cuando se dio la voz de alarma.

Extramuros, los niños jugaban. Pedro, Rebecca y Alí se entretenían con el clásico juego de princesas y héroes. Rebecca, como única mujer, actuaba el papel de princesa; Pedro era el malvado gigante que la retenía, y Alí el noble que luchaba por su rescate. De no haber sido por un anciano que les gritó, en un árabe muy apresurado e histérico, que corrieran a refugiarse con sus padres, podrían haber seguido de largo sin enterarse lo que sucedía.

Empezaron a discutir. ¿A dónde ir? ¿Dónde esconderse? No les daba tiempo de llegar a sus casas amparadas intramuros. Estaban en los terrenos de cultivo; la única construcción a la vista era una maltrecha choza de madera enclenque. Se dirigieron allá. Dentro, el único mobiliario era una mesa desvencijada y un banco.

Ladearon la mesa y se arrinconaron con ella en la esquina más alejada de la entrada. Rebecca se quitó su *hiyab* y extendieron el paño por encima de sus cabezas para que los ocultara. Se dispusieron a esperar. La choza no contaba con ninguna abertura excepto la

entrada sin puerta. Había suficiente oscuridad para ayudarlos a pasar desapercibidos ante ojos poco atentos. Nadie esperaría que ese lugar estuviera habitado. Era un mero espacio de descanso para los trabajadores durante días muy laboriosos, un refugio contra el inclemente sol del mediodía.

Presas del pánico se abrazaban y acurrucaban entre ellos. Sus padres les habían enseñado a rezar en momentos como esos, a orar y recitar sutras. Si la misma situación se hubiera dado años más tarde, probablemente estarían pidiendo clemencia a todos los dioses. Sin embargo, a su corta edad todavía les parecía una actividad forzada. ¿Cómo podían elevar plegarias a algo en lo que no terminaban de creer del todo?

Lo habían discutido entre ellos millares de veces, de manera infantil pero con esa agudeza que solo proviene de mentes aún poco contaminadas por los prejuicios adultos. Infinidad de veces habían concluido que era un poco tonto, por no decir absurdo.

Pasos en el exterior. ¿Cabras perdidas o soldados? Se sentían murmullos, claramente eran soldados. Por suerte, parecía que seguían de largo. De repente, los pasos se detuvieron. Un segundo de silencio infinito bruscamente roto por el crujir del viejo suelo de madera. Alguien había entrado. Los niños se paralizaron; ninguno se atrevía a respirar. El mutismo era absoluto; solo se escuchaba la madera al ceder bajo el peso del intruso. Los latidos de sus corazones eran tan fuertes que temían los delataran.

— ¡Manuel, apresuraos o nos quedaremos sin nada! Esta pocilga poco tiene.

Manuel hizo oídos sordos a su compañero de armas.

— ¡Manuel, vamos!

— Ya os alcanzo ¡par Dios! Id vos yendo.

— Como queráis

La voz del compañero, proveniente de la entrada, se alejó.

Los niños cerraban los ojos con fuerza, esperando así volverse invisibles. Escuchaban con claridad la pesada respiración del hombre y hasta el roce de las anillas de hierro que componían su malla. Estaba muy cerca.

El paño desapareció de un tirón. Cegados por la luz, casi no veían al caballero frente a

ellos. A medida que sus pupilas se contraían, la visión mostraba una figura más clara. El guerrero tendría unos veinte años como mucho, era casi un muchacho. Llevaba una larga túnica de cadenetas de hierro con capucha sobre una camisa de piel. Un casco cónico protegía su cabeza y de su cuello protegido colgaba una pequeña cruz plana de bronce. Solo asomaban los ojos, nariz y labios que, junto a su voz, delataban la juventud del muchacho. Sostenía en su mano izquierda el paño y en la derecha una espada larga.

Rebecca se puso a sollozar, tratando de contener los temblores. Alí pedía misericordia en su castellano con acento.

— Perros moros. Pedís misericordia, pero los vuestros han matado a mi hermano. — y dio fuerza a sus palabras escupiéndole en la cara.

Pedro se interpuso, tratando de ganar la simpatía del soldado.

— Oh, buen señor, solo somos niños; provengo de familia cristiana. Pido tengáis clemencia de mis amigos — y rezó un Padre Nuestro realizando la señal de la cruz.

— Cristianos amigos de moros y... claramente una puta judía. Cristianos traidores, peores que nuestro enemigo.

De un movimiento rápido clavó su espada en el estómago de Pedro y acto seguido cercenó las cabezas de Rebecca y Alí. Limpió su espada en las ropas de Pedro y se fue, sin mirar atrás, a seguir con su divina causa.

Los espíritus no podrían descansar en ningún paraíso, puesto que las tres religiones se equivocaban de lleno con el sentido del universo. A pesar de ello, este no era el fin, tan solo un eslabón más en la larga historia espiritual de Iksi.

El dolor del amor

Las gotas de agua que caían en el jarrón graduado de la clepsidra eran el único sonido de la sala. La mente estaba en blanco. Ese día su querido dios de la escritura, Thot, no le hablaba. No se sentía inspirado para escribir. Hathor, diosa de la alegría y la fertilidad, era la única deidad que sugería cosas a su mente. Y aunque la persona que evocaba dichos pensamientos no portaba cuernos de vaca, sí que le infundía alegría, amor y fantasías.

Recostado en la terraza, a la sombra de un toldo hecho con ramas de palmeras que lo protegían de la hora más tórrida del día, el bochorno provocaba delirios en la cabeza de Kafele. Fue durante la fiesta del Valle que la vio por primera vez, al final de la temporada de las cosechas. Mientras todos seguían con la vista embelesados la estatua dorada de Amón-Ra y muchos se abrían paso a codazos entre la multitud para preguntarle sobre su futuro, él solo tenía ojos para ella.

Claro que no estaba mezclada con la chusma; después de todo era hija del visir. El visir: voluntad, oídos y ojos del soberano. Su hija era la representación terrenal de esa aura inalcanzable. En su momento pensó que como el simple escriba de aldea que era, su arrebato de amor quedaría pronto en el olvido. Pero la vida le había sonreído y, gracias a los buenos contactos de su padre y ciertas inversiones, se lo había puesto a realizar prácticas como ayudante del escriba del visir.

Al lado de tanta realeza era él un mero gusano; empero, solo con saber que estaba más cerca de ella, por más que nunca la viera, lo hacía vivir en un constante estado lírico. Fantaseaba, soñaba, añoraba cosas que nunca habían sucedido. Se la imaginaba en sus brazos. ¡Qué atrevido! ¡Cuánta presunción!

Una vez, durante sus prácticas, la vio pasar de camino a los jardines. Por un segundo sus miradas se cruzaron. Sus penetrantes ojos color ébano y pintados de kohl lo hipnotizaron. Creyó sentir que su corazón paraba de golpe. ¿Sus labios se habían frunciido levemente en un atisbo de sonrisa? ¿O habría sido solo su mente jugándole una

mala pasada? Cómo saberlo. Cada vez que recordaba esa pequeña boca, que asociaba en su mente con las flores más bellas del Nilo, todo se le removía por dentro.

En una ocasión, al terminar sus lecciones, se vio impedido de moverse y estuvo largo rato evitando pararse. Se había acordado de ella y acto seguido su miembro se puso tan rígido y duro que levantarse frente al escriba lo hubiera delatado por completo. Alegó querer descansar un rato más, para dedicarse a pensar en otra cosa y esperar a que su entrepierna no fuera motivo de vergüenza cuando abandonara la postura.

¿Cómo hacer para eludir esas malas pasadas que le jugaba su mente? ¿Era acaso posible? El amor es un sentimiento complejo e incomprensible.

Pasó la inundación del *akhet* y la siembra del *peret*. Su falda de algodón cambio al lino y sus responsabilidades aumentaron. Se encontraban en pleno *shemu*, época de la siega, cuando tuvo un segundo encuentro con su amor platónico.

Se le había invitado a participar en una de las tantas festividades que se desarrollaban en palacio. Lo bañaron, masajearon, vistieron y maquillaron de acuerdo al nivel del evento. Estaba la sala llena de gente cuando entró por primera vez, la fragancia de los conos inundaba la estancia.

Él no esperaba encontrarla; fue a la fiesta más por curiosidad y compromiso que por interés. Aun cuando podía paladear una buena jarra de cerveza de vez en cuando, no era ávido bebedor y sus orígenes —humildes en comparación a la gente de ese festín— solían mantenerlo al margen de las grandes fiestas.

No fue hasta la mitad del evento cuando por fin se vieron. Esta vez sus ojos se le clavaron, no había confusión posible. Su sonrisa había sido de complicidad.

Llegó una hora de la noche en la que casi todo el mundo estaba, si no borracho, al menos tocado. Su vejiga lo urgió a alejarse de las masas. Los baños del palacio estaban reservados para la realeza y distanciados del evento. En su lugar, la servidumbre había acondicionado una de las habitaciones contiguas con retretes portátiles de madera.

Alguno de los recipientes de cerámica puestos debajo de estos taburetes contenían, además de lo obvio, bastante vomito. Como resultado de este mejunje, un olor nauseabundo y desagradable inundaba la estancia. Kafele se puso a mear, contrayendo todo lo posible su abdomen para acabar lo antes posible. Apenas había terminado cuando

un chistido lo sobresaltó. Giró asustado la cabeza para ver quién era.

Una chica, claramente una sirvienta, le habló en un susurro apenas audible.

— Ella te espera en el cuarto contiguo a este. No te demores.

Así de rápido como vino se fue. Kafele salió tan rápido en persecución de la sirvienta que a duras penas tuvo tiempo de acomodarse la falda.

Había dos puertas a cada lado de los aseos. Supuso que era la de la derecha, por donde vio irse a la chica. Se metió por esa. Dentro estaba oscuro como boca de cocodrilo y no se veía absolutamente nada. Empezaba a sospechar haber caído en una broma hasta que escuchó una risa frente a él. Fue una risa melódica y con clase, como la de una princesa. Dio un paso al frente y pudo sentir su respiración al nivel del pecho.

— ¿Cómo te llamas?- le preguntó la voz.

— Kafele. ¿Y tú? ¿Eres acaso Amunet? ¿La hija del visir?

— Tienes una mente muy aguda, Kafele.

Sintió sus suaves dedos apoyándose sobre sus tetillas, haciendo espirales hacia afuera, bajando por su pecho y abdomen para terminar en su bajo vientre, por encima de donde nacía el miembro.

Kafele tomó su rostro entre las palmas de sus manos y la acarició con dulzura. No podía verla pero intuía donde estaba su boca, sus labios, sus ojos, su cuello, todas sus facciones. Amunet, pensó, la diosa del misterio. Su mente la había evocado tantas veces que era imposible no saberlo. Ella se acercó más. Sus labios se fundieron en uno solo. Amunet le sujetó fuertemente el miembro, estaba tan duro que parecía una piedra.

— Sabes que lo nuestro no es posible, Kafele. Y a pesar de todo, desde que te vi hace casi un año en el patio con el otro escriba, muchas noches me he tocado pensando en ti.

Kafele gemía de placer mientras ella lo frotaba rítmicamente. Escuchaba sin escuchar. Quería hacerle el amor. Quería hundirse en ella tan profundo como pudiera. Ella pareció leer sus pensamientos.

— Soy de la realeza. Un embarazo inesperado no conviene a ninguno. Tendrás que

conformarte con acabar en mi boca. —decía esto mientras se deslizaba para abajo.

Él no quería usarla; quería su amor, tenerla para siempre. No deseaba que fuera sexo pasajero, pero las ganas pudieron más. No pudo evitar acabar y quedar ciego de placer. Despues le pidió mil disculpas, solicitó que hablara con su padre para que permitiera la unión. Estaba desesperado.

— Sabes que no es posible. Tu sangre no es real. —ambos se encontraban tendidos en el suelo; él acariciaba los hombros de ella— Debes olvidarte todo lo que sucedió. Regresemos a la fiesta, o alguien empezará a sospechar.

Kafele no olvidó. ¿Cómo pedirle a un enamorado que olvide? Ella no se dejó volver a ver. No pasó mucho para que su familia lo presionara a casarse. Dócil como siempre fue, accedió a una unión económicamente y socialmente provechosa. Su esposa era hermosa, agradable, inteligente para llevar adelante los quehaceres de la casa; lamentablemente, Kafele no encontraba solaz en su lecho.

Ella se dio cuenta de su distanciamiento y lo respetaba. Procuraba tratarlo más como a un amigo íntimo que como su marido.

Kafele se sentía doblemente sufrido; por el amor prohibido y por generar sufrimiento a quien le otorgaba con tanta benevolencia el amor permitido. Lo único que deseaba su esposa era hijos y no pudo dárselos. Transcurrieron apenas dos años de la boda cuando ella cayó gravemente enferma. Murió agonizando.

Fue la gota que derramó el vaso, Kafele se dejó estar, encaneció su pelo prematuramente y la bebida se transformó en su único pasamiento. Hasta sus padres lo dejaron de lado, avergonzados de su degradante estilo de vida.

El tiempo pasó. Se deslizaba sin brillo: rutinario, aplastante, tedioso, inexorable. Cuando ya había perdido por completo la noción de los días y las noches, en una de sus tantas borracheras una voz le susurró al oído:

— La realidad nos tortura y aprisiona, la muerte nos libera. ¿Es dormirse estar muerto?

¡Era ella! ¡Era su voz! Amunet. ¿Cuánto había pasado? ¿Dos años? ¿Tres, cuatro? ¿Una eternidad? Mientras le susurraba al oído, le había depositado una bolsita en su

falda. Aturdido por el alcohol, temía estar delirando. Cuando giró la cabeza, ya no estaba allí. ¿Desvaríos? No, la bolsita era real. La tenía en su mano.

La abrió. Dentro había un pequeño frasco lleno de un líquido claro y un pedazo de pergamo doblado con la siguiente inscripción: *“Bébeme y seamos felices.”*

Kafele regresó a la sobriedad en un instante. Se fue corriendo a sus aposentos privados. Se lavó y arregló lo mejor que pudo y procedió a beber del frasquito. El sabor era amargo con un dejo ácido. Le recordaba a un antiguo remedio de su abuela para dormir a quienes sufrían de insomnio y, en muy altas dosis, para dormir a los que sufrían de la vida.

El cuarto empezó a distorsionarse; sus piernas ya no lo sostenían. Quiso apoyarse en la silla como último acto desesperado de aferrarse a ese mundo que se borroneaba ante sus ojos. La silla y él terminaron tumbados.

— ¿Estoy muerto?

— Eso depende de cómo lo mires. Se puede decir que estás muerto pero... también se puede decir que en realidad apenas empezaste a vivir.

— ¿Amunet?

— Ya no soy Amunet, ni tú Kafele, ahora somos dos seres que pueden estar juntos para siempre en nuestro propio paraíso.

De vicios y evolución

La selva estaba tranquila y silenciosa. A la entrada de la cueva varios hombres y mujeres se arremolinaban alrededor de una fogata que ardía con fuerza. El hambre los atosigaba, el frío los atenazaba. Hacía semanas que no lograban cazar un animal grande. El invierno había entrado con toda su crudeza y con él se había llevado no solo el calor, también el sustento. Las provisiones se habían terminado hacia unos días.

En esas noches y días, que no eran semanas porque desconocían lo que era una medida de tiempo que no fuera día y noche, habían muerto varios niños, una mujer dando a luz y un par de ancianos. La vida era difícil para el pequeño grupo. No sabían escribir ni leer, no tenían un sistema de comunicación avanzado, tampoco podían crear planes complejos. Solo sabían que, de todos los seres vivientes que se habían topado hasta el momento, solo ellos parecían ser conscientes de la muerte.

La muerte.

Tampoco tenía un nombre, no tenía una definición, porque ¿quién podía decir exactamente que sucedía cuando ese anciano ya no habría más los ojos o esa niña dejaba de respirar luego de la mordida de una serpiente? Nadie se despertaba para contarla. ¿Podría ser que fuera todo un sueño y aquellos que morían en realidad despertaban?

Una de las mujeres se levantó, entró a la cueva y volvió con un par de troncos para avivar el fuego. Nadie la miró siquiera de reojo; hacia demasiado frío para pensamientos lascivos.

El líder se incorporó junto a las llamas, gruñó unas pocas palabras y señaló con la mano hacia el horizonte invisible, más allá de la cueva. El mensaje fue claro para todos: al amanecer se moverían hacia el sur, en busca de climas más suaves y presas grandes.

Aquella noche durmieron con una esperanza nueva pegada al estómago vacío.

Partieron temprano con lo poco que tenían: algunas mantas de pieles, lanzas, frutas y raíces como últimas vituallas. El tiempo fue generoso; un brillante sol abrió el cielo y elevó precariamente las temperaturas heladas de esas tierras perdidas. Marcharon lento y continuado hasta el mediodía, parando a descansar en un valle entre dos colinas.

La mujer que ayer arrimara leña a la hoguera se puso a revisarle los piojos a su compañero. Se gustaban, se atraían, pero eran emociones demasiado complejas para mentes tan limitadas. Y por encima de todo ponderaba el hambre. Todo el grupo tenía hambre, y la hambruna dejaba de lado las usuales peleas tontas, el sexo y el ocio. No pasó mucho tiempo para que retomaran la caminata.

Sobre la tarde sucedió algo inesperado. Mientras avanzaban por la ladera de un cerro, al doblar una curva, se encontraron con otros seres humanos. Sus ojos se abrieron como platos. Los encuentros con otros como ellos eran siempre una apuesta: a veces terminaban en abrazos torpes y juramentos que se parecían a la amistad; otras, en sangre sobre la tierra, gritos y cuerpos arrastrados entre las rocas.

Esta vez estaban demasiado débiles para luchar. Los jefes de cada grupo se acercaron despacio, gruñendo y gesticulando. Un puñado de sonidos, manos abiertas, palmas hacia arriba, cabezas que se inclinaban.

Al cabo de un rato, el líder regresó con los suyos para comunicar las buenas nuevas. Al parecer eran amigos, tenían algo de comida y estaban dispuestos a compartirla. El grupo respiró aliviado. Continuaron todos juntos, en fila larga, en busca de un hueco en la roca donde pasar la noche sin viento.

Parecía estar soplando brisas favorables, pues en seguida encontraron refugio cerca de un barranco, una cueva bastante grande para alojar a todos. Al poco rato el humo de la fogata espantaba mosquitos y calentaba sus huesos.

Cuando el fuego ya rugía y todos estaban acomodados y relajados, los recién llegados sacaron un pellejo oscuro y lo alzaron como si fuera algo importante. Dieron a probar un líquido espeso, de olor agrio.

Tenía un sabor fuerte y amargo; al tragarlo, ardía en la garganta y calentaba el pecho. Los del primer grupo fruncieron el ceño, escupieron un poco al principio, pero el calor que

subía desde el estómago les gustó. Los extraños explicaban a su manera, con gestos, que lo obtenían dejando quietas las frutas hasta que se hinchaban y olían así. Decían que era bueno para aguantar el frío.

Los primeros rechazos a su extraño sabor en seguida se esfumaron y el recipiente empezó a disminuir a pasos agigantados. El pellejo pasó de mano en mano; cada trago hacía las caras más rojas, las risas más fáciles, los movimientos más torpes. En poco tiempo, casi todos estaban ebrios, sin saber poner nombre a esa nueva niebla que les aflojaba la lengua y las piernas.

La misma pareja que en la mañana se sacaba piojos se alejaron unos metros para quedar detrás de unos arbustos e intimar en privado. Se durmieron ahí, pegados uno al lado del otro y envueltos en sus pieles. Al igual que ellos, poco a poco el resto del grupo se fue durmiendo.

Al amanecer, los gritos dentro de la cueva los arrancaron del sueño. Ambos jefes se encaraban en el centro, con los puños cerrados. El primero quería llevarse parte de la bebida que el segundo les había convidado la noche anterior; el segundo apretaba contra el pecho el pellejo semi vacío y negaba con la cabeza.

Las voces subieron de tono. Aullidos, gruñidos, insultos que nadie terminaba de entender del todo, palos levantados. Durante unos instantes ninguno se atrevió a dar el primer golpe: caminaban en círculo, como animales midiendo al rival. La tensión era tan espesa como el humo del fuego.

Una piedra voló desde el fondo y golpeó de lleno en la cara de uno de los hombres. El chasquido del hueso al quebrarse fue la señal. El sobreconocimiento grupal se cortó al instante.

Se lanzaron unos contra otros a puñetazos y palazos. Las gargantas se llenaron de alardos, la cueva de polvo y sangre. El primer grupo tenía lanzas de madera y pronto eso marcó la diferencia. Uno tras otro, los del segundo grupo fueron cayendo. Al final, solo quedaban en pie el jefe, su hijo, otro hombre y la pareja que lo había observado todo, encogida tras los arbustos la noche anterior.

Hubo un silencio breve, roto enseguida por los vítores. No solo tenían comida para bastantes días; ¡también tenían suficiente de la bebida sagrada para muchos soles! Los cuerpos fueron arrastrados fuera, abiertos con cuchillos de sílex, la carne cortada en tiras

y puesta sobre el fuego como si fueran piezas de un animal más.

Las siguientes semanas acamparon allí, consciente que un grupo tan chico no podía cargar con tanto alimento. En ese tiempo, el jefe decidió que la bebida era suya por derecho. Se quedaría con todas las reservas restantes y la compartiría solo y exclusivamente con su primogénito.

Cada noche bebían hasta no poder tenerse en pie, mientras el anciano y la pareja los observaban en silencio. Una de esas noches, el calor en la cabeza se les volvió rabia y deseo. Llamaron a la mujer con un gesto brusco. Ella dudó, dio un paso atrás. No sirvió de nada. La arrastraron hacia la oscuridad y la penetraron por turnos, riendo sin motivo.

El compañero de la mujer, estupefacto al principio, se abalanzó sobre ellos con un grito ronco en un intento de protegerla. Pero por algo el jefe era el líder; por su fiereza, su fuerza bruta y su determinación. Fue rápido: un golpe en la nuca, una piedra en la sien, un cuerpo que dejó de moverse. Despues, él y su hijo la mataron a ella por resistirse.

Del grupo original solo quedaban tres personas: el jefe, su hijo y el anciano. Este último miró a su líder, ya no reconocía al hombre que llevaba años siguiendo, sino a alguien que solo pensaba en esos pellejo colgados, recipientes hinchados de miseria líquida. Aterrado, esa misma noche, huyó sin mirar atrás. A la mañana, siguiente no quedaba de él ni huellas para seguir.

Pasaron los días. La carne se fue acabando, y la bebida también. El último pellejo estaba flaco, casi vacío. Una mañana, el padre anunció que el último trago sería solo para él. Habló de jerarquía, de su derecho como cabeza del grupo.

El hijo apenas lo escuchaba. ¿De que grupo hablaba? Ya no había grupo, eran solo ellos dos. La boca se le llenaba de saliva solo de pensar en el ardor en la garganta, en la sensación de ligereza que ahora llamaba felicidad sin saber qué era. No había relación sanguínea ni jerárquica que le interesara; solo era consciente que quería más de esa bebida, igual a costa de su padre. Si no se la daba, se iba a volver loco.

Cuando vio a su padre llevarse el pellejo a los labios, algo se rompió dentro. Se lanzó hacia él y en un gesto bruto se lo arrebató de las manos. El líquido salpicó el suelo.

Sorprendido por la acción, el padre le estampón una bofetada. El golpe le encendió la cara, pero no le devolvió la razón. El hijo se abalanzó sobre él, lo tumbó en la tierra

inmovilizándolo y empezó a golpearlo en el rostro, una y otra vez. El padre intentó agarrar una piedra, un palo, cualquier cosa; tanteaba en vano el suelo buscando algo para defenderse. Pronto los brazos se le fueron quedando flojos, dejaron de retorcerse.

Los puñetazos no cesaron. El rostro del hombre se convirtió en una masa informe de carne y sangre. Cuando el hijo por fin se detuvo, jadeaba; sentía el corazón desbocado y un zumbido sordo en las sienes, temblaba de pies a cabeza.

Lentamente se levantó, alejándose del cuerpo inerte. Fue entonces que vio el pellejo en el suelo, aplastado, y la mancha oscura extendiéndose sobre la tierra empapada. Durante la lucha se había caído, derramando lo último de su contenido.

El muchacho aulló de rabia, un aullido que quedó ahogado por la sangre que manaba de su cuello. Había estado tan distraído en arrebatarle a su padre las últimas gotas del elixir que no se había dado cuenta de una tercera presencia. Esa presencia tenía los colmillos clavados en su yugular y las garras metidas hasta el fondo en la carne de su pecho y hombro. Aún era consciente, pero no por mucho tiempo.

Sus últimos segundos fueron de horror y arrepentimiento, acallados por el tirón de una mandíbula letal que terminó de degollarlo.

Feliz, el felino regreso a la guarida con su presa. Hoy podría alimentar a sus crías.

El sentido de la vida

La bacteria nadaba con algo que en un futuro muy distante, de muchos millones de años, se asociaría con “sentimiento de felicidad”. No era consciente de conceptos tan complejos; en cambio, tenía claro que quería reproducirse y sobrevivir. La ilusión le duró poco, un ser pluricelular la engulló.

Iksi se acomodó un poco. No estaba acostumbrada a remontarse tan atrás en el tiempo ni a escarbar tan hondo en sus recuerdos. Recordaba todas sus formas: cuando había sido un elemento bioactivo, un ave, una hormiga, incluso una planta. Pero aquellas épocas ya casi no le interesaban. Eran vidas de pureza, en las que su mente no se perdía en las necesidades humanas.

Entonces podía sentir dolor, tristeza o hambre, pero no esa maraña de emociones complejas, entremezcladas e innecesarias que surgieron con sus primeras reencarnaciones antropomorfas.

Los primeros tiempos como humana fueron los peores: todo era demasiado nuevo y le provocaba confusión y pena, aunque de alguna manera también la protegía. Tal vez lo peor llegó cuando empezó a comprender esos sentimientos y asumió que vivir era sinónimo de sufrir. Envidiaba la roca, las plantas, los animales y los microorganismos. Añoraba las épocas en que también era parte de ellos y no cargaba con todos estos pensamientos estúpidos; entonces, simplemente, existir era más sencillo.

Después comenzó a empaparse de conocimiento. No del conocimiento que había acumulado hasta entonces: no se trataba de inventar cosas nuevas ni de elaborar teorías sobre la vida y la muerte, sobre el bien y el mal. El conocimiento que empezó a adquirir era el de la realidad de la existencia.

Entendió que la existencia como ser vivo era efímera, pero que la existencia como parte del todo era infinita e inalterable. Esa forma de existir nunca se acabaría.

Era por eso que precisaba rememorar sus vidas pasadas: a través de ellas comprendía mejor la existencia finita y, así, se acercaba un poco más a la plenitud de la no existencia. Estaba hastiada de reencarnar. Quería disolverse en esa no existencia para poder descansar de manera definitiva, y sabía que la única forma de lograrlo era comprendiendo el todo.

Y para comprender el todo tenía que analizar su pasado y aprender de sus errores. Aquella vez, cuando había matado a esos niños en plena guerra santa en Zaragoza, estaba convencida de estar haciendo el bien; pocos minutos después había muerto a manos del enemigo. Vidas más tarde recapacitaba sobre lo ciega que fue.

Otras vidas no le otorgaban tantas pistas. Cuando los dos hombres borrachos violaron a su mujer e intentó defenderla, murió por tratar de hacer justicia.

Quizás tuviera que retroceder más en los recuerdos de esa existencia; dudaba que la lección estuviera solo en ese final. El problema recaía en que era más fácil recordar los últimos días de sus vidas pasadas antes de morir que remontarse a períodos más lejanos.

Sus recuerdos como egipcio eran la excepción a esa regla. Incluso creía rememorar su existencia fetal. No es que tuviera mucha memoria de esos momentos; la vida como feto ofrece pocas emociones.

Decidió darse un último intento en la jornada. Tal vez la última retrocesión del día, con un poco de suerte, le ofreciera al fin algún fruto.

Tolerancia expiatoria

Las chicas se abanicaban con exageración mientras miraban al caballero con ojos provocativos; las mejillas encendidas las delataban. El caballero era alto, de modales refinados y riqueza insultante: el pretendiente que todo padre querría para su hija... y el que la mayoría de las hijas creía desechar.

El duque de Blackpath, célebre noble dueño de más de mil hectáreas y de un andar que arrancaba suspiros incluso en el salón masculino, se casaría el próximo mes con la codiciada duquesa de Rocher.

La duquesa quedó prendada de él desde el primer día, sobre todo con la forma de hablar: su lengua podía ser tan dulce como la miel o tan precisa como una navaja. Blackpath discutía por puro placer, incluso defendiendo ideas que no compartía, y aun así lograba convencer al más obstinado.

¿Qué podía ser más atractivo que un joven apuesto, bien educado, inteligente, versado, culto y seguro de sí mismo? Hasta los hombres lo idolatraban. Era fácil que la duquesa de Rocher estuviera tan animada con la boda, por más arreglada que fuera. Jamás una chica había cumplido tan dichosa los deseos de su padre.

El duque de Blackpath no era tonto, su elección de la duquesa fue fríamente calculada. Ella era rica y noble pero su familia menos poderosa que él. Con la unión podría ampliar su poder sin verse atado a su suegro. Él tendría las riendas. No había amor, solo interés.

Esta apatía respecto a su relación para con ella se hizo evidente la misma noche de boda durante la consumación de las nupcias. La señora Rocher, joven e inexperta, se apresuró a culparse del desastre: pensó que no había sabido agradarlo, que su cuerpo era torpe, que le faltaba encanto. Blackpath, en cambio, solo quería asegurarse un heredero. Una vez cumplido el trámite, la dejó a un lado con naturalidad y siguió con sus asuntos. No veía interés alguno en una esposa tan dependiente y fácil de manejar. Los

años siguientes, ella interpretaría cada silencio, cada ausencia, como prueba de su propia insuficiencia.

Con el tiempo, Rocher fue sumando motivos para reprocharse: no lograba darle un hijo, no se sentía lo bastante inteligente ni lo bastante sensual, incumplía los deberes básicos como esposa. . Pasaba tardes enteras con pensamientos de culpa. ¿Cómo podía hacerle feliz si no estaba a la altura?

Le parecía lógico que él se aburriera; en comparación ella apenas sabía leer, mientras Blackpath pasaba las noches rodeado de caballeros discutiendo filosofía, medicina y política. Nunca se le ocurrió que el problema no era ella. Jamás pensó que la falta de interés de su marido se debía a que él había considerado el matrimonio como un negocio desde el día uno, y no como un vínculo sentimental. La depresión fue calando poco a poco.

El día que cumplieron tres años de casados decidió intentarlo una vez más. Preparó una cena solo para los dos, mandó encender todas las velas del comedor, eligió su vestido más favorecedor y se perfumó con cuidado. Esperó sentada, con las manos entrelazadas sobre el regazo, mirando cada tanto hacia la puerta.

Él no se presentó. En su lugar, un mayordomo entró con la cabeza gacha y una breve disculpa en la mano: asuntos más importantes lo retenían en la ciudad. Esa noche, el “asunto importante” se llamaba Carmen y lo entretenía en la cama como su esposa no había podido hacerlo en los últimos meses.

Aunque la señora Rocher conocía los deslices de su marido, se repetía que los hombres tenían más necesidades y que era mejor no provocar escándalos. Se hacía la ciega, sorda y muda para proteger las apariencias. Pero que la noche de su aniversario él prefiriera pasarla con la señorita Carmen en vez de cumplir sus obligaciones de marido fue la gota que colmó el vaso.

Si la señora Rocher hubiera nacido en otra época, o fuera otra persona, quizás habría reaccionado con ira y enojo, lo despreciaría y le habría pedido el divorcio. En otro mundo le quemaría toda su ropa, lo llamaría por teléfono para insultarlo, caería en el lugar de los hechos para agarrarlo *in fraganti* y avergonzarlo en público; exigiría resarcimiento por daños psicológicos o se vengaría con frialdad; si fuera otra persona, incluso agarraría un arma y lo mataría, a él y a su amante.

Pero Rocher era un alma dulce y sumisa, que se creía culpable por todo y se hundía en la tristeza. Cuando las velas del comedor se consumieron, ya había tomado una decisión. Subió sola a la torre más alta y se lanzó al vacío.

Cuando Blackpath se enteró del suceso no derramó ni una lágrima, tampoco fingió pena. Ya todos sabían su falta de interés en ella, y no era como que los hombres tuvieran que andar justificándose. Con su labia se sacudió de los hombros la responsabilidad endosada.

Ella siempre estuvo algo trastornada, su mente era corta y se comportaba como pagana. Solo los herejes se suicidaban. Alguien tan innoble no merecía ni llanto ni lamento.

La gente asentía, dócil y aliviada; alegres de tener la conciencia tranquila. Nadie podría haber hecho nada por esa mujer; claramente era una mente débil que merecía su destino. No fue culpa de nadie, menos aún de Blackpath. El duque seguía siendo lo que siempre había sido: un hombre poderoso, intocable, acostumbrado a que el mundo entero se plegara a sus deseos.

Lo único que lo frustraba era la falta de heredero. En tres años juntos, a la duquesa nunca le había faltado la regla; toda su utilidad se limitaba a eso, y ni siquiera pudo cumplirlo. Qué desilusión.

Se puso en campaña nuevamente como soltero en busca de esposa. Candidatas no faltaban; su atractivo no había disminuido ni un ápice. Por el contrario, esos tres años le habían dado una madurez seductora que antes no tenía.

Aunque de manera paralela tampoco tenía apuro; aún era joven y un descanso del yugo matrimonial no le vendría mal. Asomaba fin de año a la vuelta de la esquina y sobraban las fiestas y ceremonias. Quería entretenerte con las damas tanto como la discreción lo permitiera, desechándolas al primer signo de compromiso, escándalo o aburrimiento.

Fue en aquella fiesta benéfica que la descubrió, al otro lado del salón. Vestía sobria y sin adornos ostentosos, causando que contrastara entre los recargados atuendos de las demás damas. Su belleza no necesitaba artificio.

Él se arrimó tan seguro como siempre. Ella le clavó sus ojos, inexpresivos y pétreos. Por un segundo lo intimidaron, pero se recompuso de inmediato. ¿Él? ¿Intimidado por una mujer? Decidió tener la iniciativa.

- Mis más sinceros respetos, creo que no nos han presentado.
- No sé por qué habrían de. Usted y yo no tenemos nada en común.
- Por su forma de hablar diría que ya me conoce.
- ¿Quién no conoce al famoso duque de Blackpath?
- La fama no siempre cuenta verdades y exagera mucho. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?
- A nadie que sea de su interés.

Acto seguido abandonó el grupo con el que charlaba antes de ser interrumpida por el duque y se fue a degustar dulces.

Las damas y caballeros que presenciaron el intercambio quedaron boquiabiertos. Nadie recordaba haber visto a una mujer hacer semejante desplante al duque de Blackpath, y menos en público.

A Blackpath se le encendió la chispa. Al fin la diversión que tanto buscaba, al fin una buena cacería. Nada de niñas tontas que caían al primer juego de ojitos, llegar a ella sería un desafío entretenido. Al contrario de lo que sus compañeros creerían, la insolencia de esa mujer lo había prendado.

- ¿Alguien podría decirme con quien tuve el honor de tener tan breve charla?
- La dama Libre – titubeó una de las señoritas que había visto el espectáculo – Me parece que ella está muy fuera de su alcance, señor Blackpath. Es muy reservada y cuentan que su carácter es de miedo.

La dama Libre se transformó en la nueva obsesión de Blackpath. Empezó a hacer preguntas, a tender redes, a rastrearla. Comenzó a buscarla en cada evento al que iba. A través de su red de contactos descubrió lo esencial: soltera, veinte años, rechazaba cada pretendiente que le presentaban.

Al parecer, prefería leer todo el día y cuestionar las leyes de los hombres que practicar su bordado o encomendarse a Dios. Para muchos, una oveja descarrilada a la que se debía encauzar cuanto antes para salvaguardar su alma (y reputación).

Blackpath no le veía un pelo de tonta ni orate; veía un reto. Algunas veces lograba acercarse a ella, la dama Libre lo saludaba con respeto pero en cuanto la formalidad lo permitía escapaba del diálogo.

Ella lo esquivaba con elegancia. Lo saludaba con cortesía fría y desaparecía en cuanto podía. Sus conversaciones eran siempre superficiales, como si ella le hablara a través de un cristal. Un día, harto, le preguntó sin vueltas por qué no quería hablar con él. Ella rió tan fuerte que toda la sala se volvió a mirarla. Luego sonrió y volvió a su plato, como si no hubiera pasado nada.

Blackpath se obsesionó. Nadie le había hablado así, con tanta indiferencia. La diversión se tornó ira: ¿cómo se atrevía esa mujer a humillarlo? ¿Quién se creía que era? Pero no lograba sacársela de la cabeza. Libre. ¿Qué pensaba mientras leía? ¿En qué ocupaba sus noches? Ella se instaló en sus pensamientos de forma que no podía controlar.

Fue en una noche de luna llena cuando por fin tuvo su oportunidad. Era una de esas noches de gala que el palacio ofrecía cada temporada. Música, vino, conversaciones que flotaban en los salones iluminados. La vio salir del salón de fiestas hacia el jardín, como si quisiera pasar desapercibida.

El jardín nocturno la recibió fresco. Las flores exhalaban su perfume más dulce y la luna se reflejaba en las tranquilas aguas del estanque. Ella se perdió entre los parterres, buscando soledad. Se sentía mareada; necesitaba aire, distancia del ruido y de las miradas.

Él la siguió sin titubear, sigiloso entre las sombras.

— Dama Libre

— ¡Oh Dios mio y todos sus santos! ¡Casi me mata usted del susto!

— Perdón, no era mi intención asustarla

— ¿Le parece decoroso seguir a una dama sola en la noche?

La cara de ella denotaba una rabia contenida. Sus ojos alertas lo evaluaban.

- Disculpe. Es usted muy escurridiza y me es difícil encontrar un momento para hablar sin máscaras. Aquí, bajo la noche, lejos de los testigos, espero que por fin podamos ser sinceros.
- ¿Qué quiere usted de mí?
- ¿Acaso no se ha dado cuenta aún? La deseo. La deseo con todo lo que soy. Pero es usted esquiva, fría conmigo. No entiendo por qué.
- Usted nunca entiende nada que no provenga de sí mismo.
- Amo su carácter fuerte, su mirada, su forma de hablar y actuar.

Ella cerró los ojos con fuerza. Sus labios formaban una mueca ambigua: ¿ira?, ¿desprecio?, u otra cosa.

- Si fuera usted un caballero de verdad, en vez de perseguirme como lo hace con todas las mujeres que se cruzan en su camino, me propondría matrimonio.

Blackpath se quedó petrificado. Había esperado cualquier respuesta menos esa. Antes de que pudiera reaccionar, ella se dio media vuelta y regresó al palacio, dejándolo solo bajo la luna llena.

Sin embargo, Blackpath la quería, era su obsesión y estaba dispuesto a todo por ella. Al día siguiente, el padre de Libre recibía una proposición formal de matrimonio del distinguido duque de Blackpath. Ella, para sorpresa del padre, aceptó.

Las nupcias no se demoraron. Al mes se estaban casando con toda la pompa que la ceremonia exigía. El momento más ansiado de Blackpath llegó, la noche, el día que por fin descubriría ese cuerpo al completo. Pero ella adujo sentirse mal, muy cansada y agobiada de la fiesta, con una migraña insopportable. El duque era egoísta y manipulador, pero no violador. Insistió varias veces sin éxito y finalmente desistió. Ya habría otras noches, pensó. Tenían tiempo.

Los siguientes días fueron teatro puro. Ella le ofrecía excusas cada noche, lo alejaba, lo volvía a atraer. Cada vez que Blackpath decidía relegarla al olvido, ella reaparecía: condescendiente, coqueta, irresistible. Uno de esos días llegó al dormitorio envuelta en

satén blanco, con los labios carmesí y dos copas de vino, una en cada mano.

— Festejemos —susurró seductoramente, y se dirigió hacia la cama con un contoneo hipnotizante.

La respuesta fue instantánea. Blackpath se levantó del sillón y la siguió con ojos lubriscos. Ella lo esperaba a los pies del lecho. Le ofreció una copa, brindaron y bebieron. Una gota de vino rodó por la comisura de sus labios, bajó por su mandíbula y manchó el satén blanco. Un mechón de pelo le caía sobre el ojo, dándole un aire salvaje que lo enloqueció. Blackpath sentía el cuerpo pesado, agradablemente pesado.

Libre se arrimó a él. Su dedo índice trazaba espirales sobre su pecho mientras que con la otra mano sostenía la copa. Él sentía su aliento en el cuello, cálido, próximo. Empezaba a notar que se le aflojaban las piernas sin control. ¿Estaba bien?

— La conocías tan poco que ni siquiera sabías quien era su mejor amiga —susurró contra su oído—. Rocher. Mi querida Rocher.

— No... no entiendo —logró murmurar, aunque las palabras le llegaban desde muy lejos. Sentía la voz de ella ahogada, distante. Parecía que su cabeza estuviera hundida en algodón

— Eres un cerdo egoísta, sin escrúpulos y hoy vas a pagar por eso.

La mano que lo acariciaba se cerró con toda su fuerza. Blackpath intentó gritar, pero su cuerpo no respondía. El vino. Maldijo su propia estupidez. Trató de apartarse sin éxito. El dedo acusador en su pecho se clavó, empujándolo. Cayó al suelo sin sentido.

Libre lo arrastró al salón. Anudó una soga de la pesada lámpara de techo y, con extremo cuidado de no golpear el cuerpo, colgó a Blackpath del cuello. Si la sobredosis de somníferos no lo mataba, la soga por asfixia terminaría el trabajo. Sobre el suelo dibujó signos que la gente reconocería como diabólicos y esparció revistas con ilustraciones obscenas alrededor del cuerpo. Cada detalle contaba.

A la mañana siguiente, un mayordomo descubrió el espectáculo: el duque colgado, su miembro flácido colgando, una mano bajo él como si se hubiera estado masturbándose en pleno delirio satánico. Los signos en el suelo, las ilustraciones indecorosas, todo pintaba

una escena de perdición.

Libre se encargó de que la noticia corriera por toda la ciudad. El honrado duque de Blackpath se había matado: un accidente durante un rito sexual demoníaco. La gente asintió, satisfecha. La opinión pública se volteó: era un depravado, un hereje que no merecía sepultura en tierra sagrada. Su cuerpo fue arrojado desde un acantilado, y todos se compadecieron de la joven viuda, tan virtuosa, tan desconsolada.

Libre, que lloraba por fuera y saltaba de alegría por dentro, se sintió completa. “Ahí lo tienes mi querida Rocher” pensó para sus adentros “el fracasado de tu marido no solo murió para expiar su maldad de este mundo, también fue deshonrado y expulsado del paraíso. Descansa en paz amiga.”

Los años siguientes, Libre utilizó su herencia para fundar escuelas y hospitales. Se casó con un hombre que la respetaba y fueron relativamente felices, lo suficiente para la época. Murió a los ochenta años, vieja y en paz, apreciada y recordada por toda la comunidad como una mujer de virtud y caridad.

La comprensión final

Iksi escuchó las bombas a lo lejos, pero no les prestó verdadera atención. Su profundo escrutinio interno dejaba en segundo plano cosas tan banales como las bombas. Porque, ¿qué otra cosa es una bomba sino un mero distractor de la humanidad, del raciocinio y de la decencia?

En otras vidas, Iksi hubiera sentido pánico, terror, instinto de supervivencia. Ahora solo la atravesaba una ligera tristeza existencialista. Algunas cosas parecían no cambiar nunca.

Unos niños pasaron corriendo a su lado, gritando sus miedos al viento. Iksi reconoció a uno de ellos; no lo reconoció de esta vida, sino de vidas pasadas. En algún momento había sido su madre, su verdugo, su salvador, su dueño, incluso su perro de compañía. Instintivamente lo siguió, dejando su reconfortante madriguera.

Entre las raíces de ese ombú había tratado de hallar las respuestas a sus últimas dudas sin éxito. Cuando empezó el bombardeo no tenía intención de moverse ni un milímetro de su sitio, pero en cuanto vio al niño, su ánimo cambió. Así era su existencia: antes podía pasar horas dudando; ahora seguía sus instintos, lisa y llanamente.

Aunque lo había perdido de vista estaba segura que estaría en el gimnasio del colegio, donde todos los vecinos se guarecían durante los ataques. El gimnasio había sido un refugio décadas atrás. Se transformó en sala de deportes para ampliar la escuela cuando el país decidió creer que las guerras no volverían. Ahora nuevamente, y pese a los años, el edificio recuperaba su función original. Sin prisa, sin apuro, Iksi se encaminó hacia allí.

El refugio era amplio. Las sirenas sonaban de fondo mientras la gente entraba a raudales. Iksi avanzó hasta el fondo, donde se encontraban los aseos. En una esquina, acuclillados, se apretaban los niños.

El niño que había llamado su atención le clavó la mirada, una mirada sin llanto ni rabia,

solo desolación y tristeza. Con esa mirada acompañó sus palabras:

— Vamos a morir.

No era una pregunta, era una confirmación.

— Todos vamos a morir —le respondió Iksi—, tarde o temprano.

— No. Vamos a morir definitivamente.

Iksi se acordaba del niño como Rebecca, como Amunet, como el jefe de la tribu, como Rocher. Cuantas sensaciones había vivido con esa otra expresión de vida.

— ¿A qué te refieres con “definitivamente”?

— Ya no nos volveremos a ver. Este es el fin.

— ¿Qué di...?

De repente, el ruido de las metralletas inundó el gimnasio. Instintivamente, Iksi se colocó bajo el marco de la puerta, interponiéndose entre las balas y los niños. El niño al que había reconocido, lejos de parecer asustado, rechaba en su semblante algo que asemejaba alegría; su compañero, en cambio, rompió a llorar desaforadamente.

Iksi se preguntó porque las guerras nunca cesaban. Esa y muchas otras cosas de la existencia todavía escapaban de su entendimiento como para llegar al final definitivo. No tenía sentido dejar de renacer ahora, ¿o precisamente por eso lo tenía?

Un soldado apareció por el pasillo. Le disparó al pecho. Una, dos, tres, cuatro, cinco balas.

Con la primera bala, Iksi comprendió que la razón de vivir no era alcanzar un saber máximo.

Con la segunda bala supo que nadie “moría” definitivamente, porque la muerte, como tal, no existía: seguiría siendo parte del todo para siempre, aunque dejara de reencarnar.

Con la tercera bala sintió gratitud al saberse libre de nuevas vidas llenas de sufrimiento, aunque no pudo evitar una breve melancolía por los tragos dulces de la existencia terrestre que ya no disfrutaría.

La cuarta bala se hundió en su corazón; no la mató de inmediato, pero le recordó que no existe tiempo mejor o peor, presente, pasado o futuro: solo existe el instante.

La quinta bala apagó para siempre el sistema orgánico en que se expresaba esa encarnación y la liberó, por fin, de sus angustias existenciales.

Iksi no volvió a reencarnar porque ahora Iksi es parte del todo, y como tal está en todos. Nadie recuerda sus formas terrestres; aun así, es mentira que uno exista solo en los recuerdos. Ella no habita la memorias de nadie y, sin embargo, vive en todas las cosas, hasta en la antimateria. E Iksi jamás fue tan feliz: al fin encontró su yo interior.